

de las propiedades de que disponen, especialmente algunos monasterios mayores, como Lorsch, Fulda, Hersfeld, Reichenau, Weissenburg, Saint Gall. Lo que poseen supera en mucho a lo que necesitan, pues los monjes son pocos y, además, deben vivir santamente, es decir sobriamente y sin comodidades. El excedente pasa al rey como tutor y señor del monasterio, con destino a los servicios del Reich; el rey establece caballeros en las propiedades rurales de los obispos y abades. Los obispados y monasterios, en fin, empleando una expresión moderna, son los que soportan principalmente el presupuesto de guerra.

Una feliz casualidad nos ha conservado algunas cifras, que corroboran estas aseveraciones. Poseemos la lista de una proclama que lanzó el emperador Otón II en el año 982 a los francos, suabos y bávaros, para la guerra contra los árabes en la Italia meridional. Nos enteramos por ella de que obispos y abades suministraron más del doble de caballeros armados que todos los demás magnates seculares juntos. El más fuerte de estos últimos, el "duque de Alsacia" —Alsacia constituía a la sazón, temporalmente, un ducado aparte en el pueblo suabo—, aportó 70 hombres; los obispos de Maguncia, Colonia, Estrasburgo y Augsburgo, 100 cada uno. Los aportes más altos después del alsaciano, entre los contingentes seculares, son de 30 y 40 caballeros, mientras por lo contrario Reichenau y Fulda enviaron 60 y Lorsch y Weissenburg 50.

Sumando lo que el clero ofrece al Reich en fuerza espiritual y material, no es exagerado decir que el poder de la corona descansa sobre la Iglesia y que ésta, junto con el patrimonio del Reich, es el fuerte pilar que sostiene el poder del rey.

CAPÍTULO SEGUNDO

Los problemas exteriores del Reich — El doble frente — Lotaringia y el confín occidental — El confín oriental: húngaros y eslavos — Italia y la corona imperial — El reino lombardo — El Imperio Romano — Borgoña — ¿Fue un error la política imperial? — Sus móviles políticos realistas — Su utilidad.

Cuando el soberano alemán, con el apoyo de la Iglesia, pudo alcanzar el dominio de todo el territorio, tuvo reunido en su mano un poder enorme para esos tiempos. En sus alrededores no había ningún estado que pudiera medirse con el alemán, pues en el oeste el poder real de Francia declinaba a la sazón hacia la impotencia, y en el sur, en Italia, no había sido conjurada aún la dispersión que en ella produjo el derrumbe del imperio de los francos. En el occidente, Alemania, para decirlo a la moderna, era la única gran potencia del momento.

¿A qué fin servía esa gran potencia?

No puede haber un error más grave que la idea, a menudo muy difundida por inconsciencia o semi-consciencia, de que estados, reinos y soberanos pueden elegir a su antojo sus deberes y que la política de un país tiene su origen en los caprichos de su soberano. Esto puede acontecer a veces, como un extravío pasajero y siempre en el único y muy limitado sentido de que una posibilidad existente es estimada en más de lo que vale por una preferencia personal del rey o una necesidad juzgada más imperiosa de lo que es. En general, a todo estado le son impuestos sus

problemas desde el exterior y se trata —para los gobernantes— tan sólo de reconocerlos y justipreciarlos. La que plantea esos problemas es la geografía: la posición y la naturaleza del territorio. Posición y características que prescriben a cada país si debe defenderse y cómo tiene que hacerlo, si puede y debe crecer y cómo ha de conseguirlo. Por eso precisamente, la geografía es el factor constante que determina del modo más decisivo la historia política de todos los tiempos.

También la historia de Alemania está desde sus comienzos bajo *la coacción de la situación geográfica*. Ella le plantea el problema que, a través de todos los siglos, aparece desde los primeros años hasta la actualidad y es hoy visible hasta para los ojos del más ciego de los mortales: *el problema del doble frente*. La lucha sobre dos frentes es, por decirlo así, el "leit-motiv" de la historia alemana. Esto proviene del hecho de que Alemania es un país mediterráneo bien definido, situado entre grandes pueblos vecinos de naturaleza distinta y separado de ellos solamente por una débil —y a veces por ninguna— línea natural de división.

Esta circunstancia se presentó ya al nacer el antiguo estado alemán y tuvo su exteriorización inmediata en luchas simultáneas en oriente y occidente.

En el oeste el Reich alemán poseía, en el momento de constituirse (911), aparentemente un límite excelente; alcanzaba hasta el Rin y los Vosgos. Lo que se hallaba sobre la orilla izquierda, el primitivo reino y después ducado de Lotaringia —en el concepto moderno: Lorena, Palatinado, Provincia Renana, Holanda y Bélgica hasta el Escalda— permaneció fiel a la casa real carolingia y se había convertido en "francés". Si este estado de cosas hubiera continuado, Alemania hubiera ganado un límite natural con

una pérdida de otro orden, que habría que considerar equivalente a una mutilación definitiva. No se trata aquí solamente de una parte extensa de territorio, sino de regiones que eran las más pobladas, las mejor cultivadas, las más ricas y civilizadas al norte de los Alpes, y tenían, frente al resto del Reich alemán, la superioridad de su amplio progreso.

Es necesario tener siempre presente que la mayor parte de lo que abarcaba entonces el Reich alemán era un terreno culturalmente virgen. Para todos los territorios que se hallaban fuera del antiguo límite del Imperio Romano, es decir, a grandes trazos, la Alemania de la derecha del Rin, hasta el Neckar y el Danubio en el sur, la evolución civilizadora comienza recién con Carlomagno, mientras había comenzado ya con Augusto para las regiones que habían formado anteriormente parte del Imperio Romano.

La separación entre ambas alcanza a 800 años; la misma que media desde la primera cruzada hasta nosotros. Este hecho no debe menospreciarse, y además hay que tomar en cuenta que los territorios al este del Rin —Baden, Württemberg, Baviera propiamente dicha— que una vez pertenecieron a Roma, fueron abandonados primero por los romanos y después perjudicados más seriamente por la invasión de los germanos, mientras que en la orilla izquierda la civilización apenas había sido afectada por ella.

Por esta razón la renuncia a Lotaringia equivalía a un suicidio, a una autocondena a la insignificancia. Fué un signo de debilidad que, a pesar de ello, Conrado I se prestara a esta renuncia, pues no se sintió capaz de imponerse como rey en esa región.

Pero Enrique I aprovechó la oportunidad para volver esto a su estado anterior. Cuando en el año 923 los Caro-

lingios fueron destronados temporalmente hasta en la parte occidental de su reino, por lo que los loreneses se proclamaron independientes de Francia, Enrique intervino rápida y prudentemente y se aseguró su reconocimiento como rey. Así Lotaringia fué ganada para el Reich alemán; sus límites avanzados hasta el Escalda, el Mosa y las Argonas, quedando unida a Alemania la parte más preciosa, el que fué el corazón del imperio de los francos; y convertida en capital ideal del Reich alemán, Aquisgrán, la residencia de Carlomagno, ya que una capital "de facto" no podía existir en las condiciones de entonces, preponderantemente rurales.

La nueva posesión tuvo que ser defendida, pues Francia no quiso renunciar a ella de buen grado. En el siglo X se hicieron tres tentativas, y en el siglo XI por lo menos una más, para apoderarse otra vez de Lotaringia, es decir, para conquistar la frontera del Rin. Todas las tentativas fracasaron por falta de poder del vecino occidental, que los reyes de Alemania se esforzaron cuidadosamente en mantener. No se ha destacado bastante la habilidad con que Otón I supo poner en juego en Francia por un lado al rey, y por el otro al pretendiente y jefe de la aristocracia, ambos cuñados suyos, para que ninguno de los dos partidos dominase, y el rey de Alemania pudiese imponerse a ambos. Así procedieron luego los sucesores de Otón, y Francia siguió siendo un vecino que no ofrecía peligro alguno.

En el este la tarea no fué tan sencilla. Allí los reyes tuvieron que enfrentarse muy pronto con un adversario militarmente temible: los húngaros. Desde los años que cierran el siglo IX, éstos residían en la región que todavía lleva su nombre y en la Baja Austria. Desde allí invadían los territorios occidentales, robaban, saqueaban, destruían y secuestraban a los habitantes. En la lucha contra

ellos fracasó Conrado I. Enrique I pudo por lo menos proteger a la Alemania septentrional. El gran triunfo, con el que empezó a ser famoso, fué su victoria sobre los hasta entonces invencibles húngaros en el año 933.

Mas esto no pasaba de ser una simple defensa, y, sobre todo, una defensa fatigosa y siempre insegura. Sólo la aniquiladora batalla librada contra los húngaros, que habían invadido de nuevo el territorio alemán, por Otón I en el año 955 cerca de Augsburg, puso fin a este azote público. Así se pudo tomar la ofensiva y echar a los odiados invasores fuera de los territorios en otro tiempo bávaros, de la Baja Austria. A las armas victoriosas siguió la corriente de los colonos alemanes desde Baviera. Hasta el Leitha, y más allá todavía, se extendió la colonización germana de la parte meridional de la Marca del Este; y así nació el Austria alemana.

Con mayor facilidad se acabó en el este con los demás vecinos, los eslavos, o, como se les llamaba entonces, los vendas de la otra banda del Elba, del Saale y de la Selva Bohemiana. No estaban unidos políticamente ni eran peligrosos por sus efectivos militares: eran apenas un manojo de pueblos de escasa fuerza en la guerra y en la paz. Enrique I logró someter a los que se hallaban más al norte, sobre el Elba y el Havel. Lo ganado se perdió nuevamente en el año 983, cuando los vendas se levantaron en masa contra los alemanes; sólo pudo ser conservada la región entre el Saale y el Elba. Se mantuvo también la incorporación de Bohemia, cuyo duque (más tarde rey) hacía acto de sumisión al rey de Alemania desde el año 929 y con el correr del tiempo entró en la serie de los príncipes del Reich alemán como el más distinguido entre los seculares. Quien conozca la importancia de la situación geográfica de Bohemia —Bismarck la llamó la "ciudadela de Euro-

pa"—, no desestimaré el alcance de ese triunfo. Bohemia constituye en efecto la fortaleza principal en el confín oriental del Reich.

La fortaleza llegó a ser de gran valor cuando, desde el año 1000 y durante una generación, se formó temporalmente, bajo el gobierno de Boleslao el Valiente, un reino polaco unido, reino que comenzó a crecer a expensas del alemán. Enrique II y Conrado II hicieron por mucho tiempo grandes aunque vanos esfuerzos, para oponerse a este peligro, hasta que por fin en el año 1031, después de la muerte de Boleslao, gracias a la desunión de sus herederos y con el apoyo del gran duque de Kiew, se pudo despedazar el reino de la Gran Polonia y poner término a la dignidad real polaca por casi 250 años.

De esta manera quedaron resueltos en el oeste y en el este los problemas naturales, y asegurados los límites de Alemania por la impotencia de sus vecinos. El pueblo alemán, si quería crecer y extenderse por la conquista, podía elegir, al parecer, entre seguir el rumbo hacia occidente, o el de oriente, o ambos a la vez.

No tomó ninguno de los dos. En el sudeste la colonización y la conquista se detuvieron muy pronto en el límite de la zona genuinamente magiar. Nunca se pensó en la conquista de Polonia. Aquí como allí Alemania se conformó con un reconocimiento bastante platónico de su soberanía. El avance iniciado por Enrique I en Brandenburgo y Mecklenburgo hasta el Báltico, después de la emancipación de los vendas en el año 983, no se repite. Basta tener los vecinos a raya, para que respeten los límites y paguen sus tributos. No se pretende más. Y menos aún se habla de intentos de anexión en el oeste.

En cambio, desde la mitad del siglo X, las miradas se dirigen continuamente hacia el sur: Italia es el objeto de

la política exterior, del desarrollo del poder y de la expansión alemanas.

Nos hallamos en presencia de una nueva época: el *nacimiento del Imperio Alemán*. Abarca toda la historia alemana más antigua, dominándola durante tres siglos, y gravitando con creciente influencia su recuerdo, hasta mucho tiempo después de que ese Imperio Alemán medioeval había desaparecido. Tendremos que apreciar directamente este hecho, contemplándolo con plasticidad, para reconocer sus causas, si pretendemos comprender, en su fondo, la antigua historia alemana y a nuestros propios antepasados.

En el año 951 se hizo la primera tentativa para someter a la Italia Superior. Llamado, por la oposición del reino longobardo contra su rey Berengario II, Otón I atravesó los Alpes, derrotó al enemigo y lo obligó a reconocer la soberanía alemana. Al mismo tiempo se aseguró el libre acceso al país: Berengario tuvo que ceder los pasos alpinos y toda la región al este del Adigio, que fueron incorporados a Baviera.

La sublevación de los duques alemanes en los años 953-54 y la guerra contra los húngaros en 955, tuvieron por consecuencia la pérdida de esas conquistas. Berengario recobró su independencia y reconquistó el territorio cedido. Al mismo tiempo se esforzó en extender su reino hacia el sur a costa de los estados pontificios y tal vez en someter también a Roma. El Papa, amenazado, llamó en su ayuda a Otón y éste inició en el año 961 la segunda campaña de Italia, que en breve llevó a la total dominación del reino longobardo. Berengario murió cautivo en Alemania, y Otón se proclamó rey del reino longobardo. Al mismo tiempo, en enero del año 962, se hizo coronar emperador en Roma; es

decir, asumió también la soberanía en la Ciudad Eterna y en el territorio papal.

Los años que siguen están saturados de luchas y negociaciones con el emperador de Constantinopla, para asegurar lo conquistado. El resultado será que Constantinopla se avenga a reconocer el nuevo imperio en Roma y acepte también el hecho consumado de que los principados longobardos en la Italia inferior, Benevento, Capua, Salerno, pasen a depender de la soberanía alemana, mientras que en cambio Otón renunciará a la anexión de las ciudades costeras, que conservaban su carácter griego.

En esta forma quedan fijados, por un largo período, los contornos del Imperio. Una sola vez quizás se realizó en lo sucesivo, por Otón II, una tentativa para extender la influencia alemana sobre toda la Italia meridional. Fué en la lucha contra los árabes, que avanzaban desde Sicilia. El intento, si fué seriamente preparado, lo que no consta en modo alguno, condujo en el año 982 a una derrota del ejército alemán y terminó al año siguiente con la muerte prematura del joven emperador.

No fué difícil afirmar la soberanía alemana en el reino longobardo. Sólo una vez, después de la muerte de Otón III (1002), se hizo la tentativa de volver a independizarse de Alemania. En efecto, por lo menos una parte de la región reconoció entonces durante unos 12 años como rey a un príncipe autóctono, Arduino de Ivrea. Pero solamente una parte, pues la otra se mantuvo fiel al soberano alemán y, cuando Arduino murió, el emperador Enrique II fué reconocido por todos. A su fallecimiento (1024), un intento de emancipación murió en germen, por cuanto no se halló a nadie que quisiera aceptar la corona vacante de los longobardos. Magnates de Francia, a quienes fué ofrecida, declinaron agradeciéndolo ese honor sin perspectivas.

Desde ese momento la unión de Lombardía con Alemania permanece firme; nadie pensó en deshacerla.

Tanto en Lombardía como en la misma Alemania, el sostén de la soberanía alemana es siempre la Iglesia. También allí son los obispos los partidarios natos del rey, porque únicamente él puede asegurar su vinculación inmediata con el Reich y por lo mismo su situación política frente a las dinastías seculares, que en Italia, como los duques en Alemania, aspiran a la sumisión de la Iglesia. Fueron los obispos los que tomaron partido por Enrique II contra Arduino y ayudaron a Enrique a vencer. Desde entonces y cada vez más —lo que resultó al final como un axioma político del emperador alemán— ocurrió que los obispados, donde era posible, debían ser desempeñados por eclesiásticos alemanes. Hacia mediados del siglo XI, en la mitad oriental de la Italia superior, la mayor parte de los obispos fueron verdaderos inmigrantes alemanes, que el rey instaló para que representaran y apoyaran la política alemana en Italia.

Mayores dificultades produjo la situación en Roma. Ya el mismo Otón I tuvo que hacer frente a deserciones y revueltas. Se vió obligado a deponer al Pontífice que le había pedido ayuda, y, a raíz de traiciones reiteradas, tuvo que ordenar cierto número de ejecuciones. Esto se repitió a menudo más tarde y hasta ocurrió que muchas veces —durante la infancia de Otón III y después de su muerte (1002)— no se reconoce la dignidad imperial alemana durante varios años. Sin embargo, al final, pudo ser siempre restablecida, y desde Conrado II (1027) se afianzó la idea de que el rey de Alemania, automáticamente, al ser rey de Lombardía, es también emperador romano. Roma, Italia y Alemania constituyen una firme unidad y el rey elegido en Alemania es al mismo tiempo soberano en todo el im-

perio, para el cual surge el nombre de *Imperio Romano*. Este concepto de que el Reich alemán es un imperio romano y Roma su capital, prevaleció por completo recién en el siglo XII, no obstante que ya existe hacia el año 1040. Por ese entonces aparece en el lenguaje oficial el título de rey romano, "rex Romanorum"; para el rey alemán, que aun no había ceñido en Roma la corona imperial. Reich y rey alemán hallaron de esta manera, finalmente, su título, al convertirse en Imperio y emperador romano.

Se plantea el interrogante de si la ocupación de Italia hubiera sido posible a la larga sin la anexión de otro reino antes independiente. Se trata del reino de Borgoña, que abarcaba la Suiza occidental (al oeste del Aar), el Franco-Condado, la Saboya, el Delfinado y la Provenza. La conquista fué realizada por Conrado II en el año 1034 al extinguirse la casa real del país. Esta nueva soberanía representó apenas un aumento verdadero de poder; su mayor valor consistió en una más fácil comunicación entre Alemania e Italia. Hasta entonces se habían podido utilizar solamente los pasos del Brenner y del Septimer, de los que el segundo era el menos indicado para fines militares, tanto que Verona constituía el único acceso cómodo, muy fácil de cerrar. Entonces estuvieron libres también los excelentes caminos por el Gran San Bernardo, el Monte Cenis, el Monte Ginebra ⁽¹⁾; era posible de esta manera entrar, en caso de guerra, al mismo tiempo, según las circunstancias, por dos vías, en la región de Verona y en la de Milán, sin contar con la importancia de la ventaja que representaba, en tiempos de paz, que se pudiera efectuar sin obstáculos el tránsito entre Alemania e Italia por cinco o por cuatro vías, en lugar de dos.

(1) No es posible demostrar que se haya utilizado el paso del Gotardo antes del siglo XIII.

De ahí que esto interesara también en Italia. De otra manera, ¿por qué hubieran tomado parte en la conquista de Borgoña los obispos italianos? Conducidos por los arzobispos de Ravena y Milán, penetraron en la región por el sur, mientras los alemanes la invadieron por el norte, desde Basilea, a las órdenes del rey Conrado. Fué como la apertura de un túnel: la perforación se efectuó simultáneamente por los dos lados. El nuevo túnel entre Italia y Alemania causó efecto inmediatamente. También durante el gobierno de Conrado II principió la era clásica de la dominación alemana en Italia, era que llegó a un estado de gran florecimiento durante el reinado de su hijo y sucesor Enrique III.

Así surge el antiguo imperio alemán, si se le considera como una construcción de política realista, o, para decirlo con otras palabras: el imperio empírico. El lector podrá sentirse sorprendido o extrañado tal vez por esta descripción, ya que la imagen habitual tiene un aspecto algo distinto. No es usual por cierto en la literatura describir de la misma manera el imperio de los Otones, Salios y Hohensaufen. En ella se habla de un dominio universal con aureo-clérigo-religiosa; de un "sagrado" romano imperio de la nación alemana, que aspiraba a ser una renovación, consagrada por la Iglesia, del antiguo "*imperium orbis universi*" romano; del perenne esfuerzo del soberano alemán para conquistar la más alta dignidad del cristianismo bendecida por la Iglesia, que, con la supremacía sobre los demás reyes, debía darle un título de dominio en todas las regiones del mundo. Algo así, pues, como una especie de teocracia universal, cuya utilidad práctica sería en todo caso muy difícil de establecer, ya que el emperador alemán no ejercía nunca un dominio de hecho sobre los reinos